

Aceptar la impermanencia



Kenshinkan dôjô 2022

Hacía semanas que no la visitaba, pero aquella mañana me armé de valor y regresé. No creía en nada que no fuera tangible, ni pretendía encontrar nada extraño en la casa, todo lo más: la quietud de los muebles, los libros apretados sobre las estanterías de la biblioteca, una claridad tenue atravesando el alargado pasillo, las camas cubiertas con edredones, pero desvestidas, lisas, como planchadas por el tiempo. Ni siquiera tenía la esperanza de volver a escuchar el goteo constante de los grifos, tantos años dando problemas y tan pocas soluciones encontradas por los fontaneros que fueron a ocuparse de las fugas de agua, una y otra vez, sin conseguir atajar las averías. Si la vida había cruzado aquel lugar dejando una estela de olvido inquebrantable, yo iba a ser testigo de ello.

Al cruzar la puerta de entrada me sobresaltó el eco del silencio inmenso. Desde luego, había hecho mucho ruido al marcharse y, antes de hacerlo, parecía haber sellado sillas y sillones, la mesa ancha, los cuadros imperfectos, una luz pálida cruzando ventanas, cortinas desvencijadas, muebles de otros tiempos, los cuartos de los niños, las ausencias más blancas y mansas que jamás experimenté en vida. En efecto. Aquel era un vacío sin textura, alejado ya de las palabras capaces de dar forma, estructura, solidez. Podía nombrarlo, utilizándolas, pero tal arquitectura no alcanzaría a delimitar la hondura de la herida que dejaba. Tampoco había posibilidad de aprehenderlo con los ojos, abiertos como platos, ni con las manos, que se mostraban torpes y vacías. Aquella quietud solo era posible observarla desde donde ella misma se manifestaba: un silencio que exigía aceptación, el abandono de la intención, la ausencia del yo.

Recordé *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares, viniendo a mi memoria la figura de Andrés, el protagonista de la novela, un hombre estoico que decide permanecer en su hogar hasta el final de sus días pese al éxodo de los jóvenes y la desaparición de los últimos ancianos. En sus reflexiones, Andrés se preguntaba si alguien que pudiera visitar Anielle atisbaría, siquiera por un instante, el pulso que un día sostuviera la vida en el seno de su aldea. ¿Algún paseante podría llegar a escuchar el eco de la risa de los niños que jugaron en sus calles empedradas, imaginar conversaciones de alcoba, fiestas de verano, huertos roturados, alegrías y sollozos que dieron cuerpo a aquel lugar desaparecido? La memoria de aquel pueblo quedaría viva en alguna conversación casual acontecida a kilómetros de distancia, en algún sueño inquieto de infinita nostalgia, en algún apunte periodístico comarcal. Después, nada más. Aceptar esta realidad no es sino haber entendido el sentido profundo de la vida.

Para quienes han desarrollado sus vidas en el interior de un *dôjô*, su relación con él se vuelve casi sagrada. Ni el espacio que ocupa se mide en metros cuadrados, ni el propósito de su creación fue la compra y venta del arte, o la palabrería. Años descansando la mirada en la tarima hacen de ella un refugio cálido dónde aplacar las embestidas del mundo. Décadas tomándole el pulso a las armas acaban transformándolas en fieles aliadas, capaces de abrir

espacios de luz dónde aparece la oscuridad. Gestos, rituales y palabras dejan de resultar mecánicos, pasando a ser llaves que nos abren al mundo sutil e intangible. ¿Cómo será decir adiós a un lugar así, tan cargado de verdadera vida?

En gran número de ocasiones, las escuelas tradicionales de Bujutsu de Japón están situadas cerca de los templos que inspiraron a sus fundadores. Al abrigo de su protección, los primeros exponentes de las *ryu-ha* construyeron sus propios *dôjôs*, donde tuvo sentido su existencia desde esa proximidad que unía sus destinos. Muchas de esas viejas luminarias del pasado están en la actualidad cerradas y su mantenimiento resulta casi simbólico. Los estudiantes acuden a visitarlas de tiempo en tiempo para recogerse, siquiera por un instante, junto al espíritu de sus predecesores. Es un viaje que conecta generaciones que comparten un sentir espiritual, unos firmes propósitos y los más nobles ideales.

Si las observamos, experimentaremos cómo, también en su interior, la vida se detuvo transformando en silencio el ruido de sables, palabras que rozaban la perfección, gritos que expresaban el fondo mismo de las formas. En el mejor de los casos alguien nos abrirá la puerta de su misterio para mostrarnos una sala vacía donde aún cuelgan, estoicos, los últimos *bokutos*, unos *bogus* heridos de muerte, lanzas quebradas, dianas perforadas por flechas inexistentes, ajados *makiwaras*, *kamidanas* cubiertos de un fino polvo, un fulgor, otrora limpio y transparente, ahora empobrecido, aprisionado entre desvencijadas ventanas y un suelo de madera cuarteado por los años y la falta de cuidado.

En uno de estos restos del naufragado Bujutsu me encontré con quien un día fuera maestro en ejercicio de una renombrada escuela de armas, un anciano retirado ya de toda actividad que pasaba sus días tomando el sol en la entrada de su vivienda, acompañando a su hija en la huerta familiar o mostrando el viejo *dôjô*, adosado al edificio principal, cuando surgía un compromiso. Alejado de sentimentalismos, el viejo *sensei* compartió conmigo sus reflexiones acerca de todo lo que surgía en su corazón cada vez que cruzaba aquel umbral y volvía a poner sus pies sobre la madera de la humilde sala de entrenamiento. Con una estela de sesenta años de enseñanza tras de sí, el maestro atesoraba en su memoria infinidad de caras luminosas, ímprobos esfuerzos por alcanzar la perfección de la técnica, encuentros con hombres y mujeres notables, heridas del alma, derrotas, días de júbilo, lágrimas de felicidad.

Ante semejante equipaje brotando atropelladamente de sus labios, me atreví a preguntar:

“¿Cómo vivir todo este conglomerado de recuerdos desde la aceptación, por encima de la nostalgia, dejando que ocupen dentro de su corazón un lugar de privilegio sin enturbiar las emociones, los estados de ánimo, la libertad primera y última?”

El maestro me contestó:

“Te sorprenderás, pero hay luz en las tinieblas y corren ríos en los desiertos. Es necesario aprender a desprenderse. Todo está en constante transformación. Palabras hechos y personas se encuentran siempre en camino hacia algún lugar y hay que saber dejarlos marchar. El movimiento es la razón de ser del no-movimiento. La vida solo es entendible desde ese fluir. Ir contra ello no es sino una forma de morir. El compromiso siempre ha de ser con la vida”.

Después, el *sensei* me acompañó hasta la puerta, dónde aún tuvo tiempo de ofrecerme una última enseñanza:

“Nuestra libertad reside en comprender y aceptar esa impermanencia”.
Concluyó.

Kenshinkan dôjô 2022

Kenshinkan dôjô 2022